

ITINERARIO

"EL CAMINO NO ATRAVIESA PAISAJES
IDENTICOS. DEJEMONOS EMBAUCAR
SUCESIVAMENTE POR LAS PERSPEC-
TIVAS QUE VIOLENTAN NUESTROS
OJOS: ES EL UNICO MEDIO DE NO
ABURRIRSE...".

Remy DE GOURMONT.

ITINERARIO

Desde los orígenes de la intervención francesa, hasta la llegada de Maximiliano y de Carlota a Veracruz, el 28 de mayo de 1864.

SIRVA de proemio a la presente obra esta sinopsis, que viene a ser a manera de itinerario dedicado al viajero que quisiere acompañarnos por las veredas de esta primera parte de nuestra historia, a la que atribuimos el título general de: LA QUIMERA.

Haya acaso quien quisiere ir a nuestro lado sin apartarse un punto de nuestro derrotero; pero no faltará de fijo quien prefiere detenerse en este o el otro paraje del camino previamente fijado, para espaciar el ánimo en tal o cual detalle del panorama vasto y vario; o asomarse a las vertiginosas profundidades de un abismo, o avizorar lontananzas desde lo cimero de una montaña; o abrir paréntesis para dialogar con un viandante, o ensimismarse en el examen de una flor, o embelersarse con el trino de un ave canora, o espeluznarse con el rápido y temeroso resbalar de un reptil, o divagar con el vuelo de una mariposa, o estremecerse con el amenazante rugido de una fiera, o maravillarse con el nacimiento de un astro,

o sentir sobrecogido su ánimo con el lívido fulgor de un relámpago, seguido por el ensordecedor retumbo del imponente trueno.

Los habrá que sólo busquen los parajes apacibles y amenos; otros más sentiránse atraídos por las tumultuosas corrientes de los rápidos; aquellos, admirarán la grandiosidad devastadora de tormentas y de vendavales. Ni escasearán quienes observen cómo las aguas del pantano mismo, bajo los rayos ardorosos del infatigable astro del día, suelen adquirir falaces irisaciones de precisas gemas.

Pero nadie coarta al lector la libertad de errar a su antojo, a semejanza del vagabundo despreocupado y libérrimo, por las páginas que siguen.

Porque, si uno es el itinerario, no implica la imperiosa necesidad de ceñirse con la rigurosa disciplina del militar que con su columna va marchando. Haga cada quien un alto donde mejor le petare.

Y ese itinerario, en lo que mira a la primera parte de nuestra excursión por el período de la historia que nos hemos propuesto recorrer, es el siguiente:

Ni siquiera el fusilamiento de Agustín de Iturbide, el otro inconsistente y efímero emperador de México, convenció a los retrógrados, al clero ni a los militarones reaccionarios, de la imposibilidad de implantar en México un duradero régimen monárquico.

Bien por lo contrario, todos ellos continuaron intrigando por instaurarlo, y a la postre en Napoleón III, que con un golpe de mano audaz había usurpado el trono de Francia, encontraron el más decidido factor de sus designios. Obraba el Pequeño Bonaparte bajo la sugestión de Eugenia, su consorte, "una falsa devota impregnada de un fanatismo sin convicciones, sin base, sin estudio"; a quien a su vez acuciaban una religiosidad morbosa y una vanidosa megalomanía de española.

Así fué cómo Napoleón III acabó dando oídos a las intrigas de los entreguistas mexicanos; aunque ocultando la verdadera tendencia de sus aviesos planes, de convertir a nuestro país en una colonia francesa administrada por un emperador pelele, y ocultándola con la necesidad, que preconizaba, de

constituir aquí una poderosa monarquía que opusiese una barrera infranqueable al codicioso imperialismo yanqui.

A efecto de sumar a las del Estado francés la fuerza naval y militar de otras dos grandes potencias —Inglaterra y España—, tomó por pretexto una resolución del Presidente Juárez que, compelido por las apuradas circunstancias económicas que la República atravesaba, expidió un decreto que ordenaba la suspensión temporal del pago de la deuda Extranjera —17 de julio de 1861—.

El gobierno del Pequeño Bonaparte, a inspiración de su ministro y medio hermano el duque de Morny —hijo adulterino de la reina Hortensia—, para disponer de un argumento de agresión que esgrimir contra nuestra Patria; infló desorbitadamente unos créditos que contra nuestro país poseía Juan Bautista Jácker, peligroso usurero y aventurero cosmopolita, suizo de origen, aunque nacionalizado francés con el exclusivo objeto de intentar con éxito aquel monstruoso fraude internacional.

Pero en cuanto quedaron al descubierto los verdaderos inícuos propósitos de Napoleón III, España e Inglaterra negáronse a seguir siendo los instrumentos de su rapacidad, y decidiendo arreglar sus reclamaciones contra el gobierno de Juárez por la vía diplomática, retiraron de nuestro territorio y de nuestras aguas, hombres y barcos.

Con lo que el Pequeño Bonaparte hubo de proseguir sólo una aventura que finalmente había de tener una resolución funesta para su imperio.

Firme, pues, en sus siniestros designios, mantuvo en México un cuerpo expedicionario, primero a las órdenes del general Lorencez; quien, aun antes de dar el asalto a Puebla, donde le derrotó el general Ignacio Zaragoza el 5 de mayo de 1862, jactábase ya de ser, con sus seis mil soldados, el amo absoluto del territorio mexicano, casi cuatro veces más grande que el de Francia.

Aquel descalabro produjo en el imperio del sobrino del Gran Corso, una sorpresa y una desazón indescriptibles; por lo que Napoleón III envió, bajo las órdenes del general Elías Forey, refuerzos que sumados a las tropas que ya en México se hallaban, alcanzaron a treinta y un mil hombres en núme-